

¿A dónde va la izquierda?

Jesús Ortega Martínez

Presidente Nacional del PRD

Antes que nada, quiero agradecer la invitación para participar en este ciclo a la Asociación de Académicos del Colegio de México, Daniel Cosío Villegas. Para un servidor constituye un honor poder intercambiar con ustedes visiones y puntos de vista sobre el futuro de la izquierda. También quiero agradecer la participación como moderadora de Marta Tawil y los comentarios de Reynaldo Ortega.

Estamos hoy aquí reunidos en el auditorio Alfonso Reyes y pienso que no es casualidad que este sitio lleve el nombre de una de las figuras intelectuales más emblemáticas de nuestra historia, el decía, muy acertadamente en su "Discurso por Virgilio": "quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono".

Quisiera partir de esta cita, no como una simple formalidad, sino porque en ella se encierra un contenido civilizatorio profundo: no hay futuro posible para la izquierda mexicana o cualquiera otra, si esta no se nutre profundamente del humanismo.

Soy parte de una generación de la izquierda construida y configurada en la cultura de la resistencia al autoritarismo, de la oposición al régimen antidemocrático del partido de estado. Nacimos en la política inmediatamente después del movimiento estudiantil del 68 y como estudiante del Instituto Politécnico Nacional viví el sentimiento de frustración y derrota que embargaba a muchos de los jóvenes estudiantes en la década de los 70s; participé del reclamo democrático de diversos movimientos sociales y políticos, de la respuesta represiva del oficialismo y observe de manera directa, como las ansias libertarias, por un lado y la violencia del estado por el otro, orillaron a cientos o miles de jóvenes mexicanos a la lucha clandestina; con muchos de mi generación, fuimos

testigos de cómo la guerra sucia por parte del gobierno se convirtió en brutal instrumento para detener esa generosa y sacrificada insurgencia juvenil.

En esos años 70s participé, desde la modestia de un comité de lucha estudiantil, en los esfuerzos de reagrupamiento y de reorganización de la izquierda posteriores a la brutal represión del 68 y del 71; en los debates y las largas discusiones acerca de la vía mexicana hacia el socialismo; en los círculos de estudio del marxismo, donde se aprendía del dogma del “maoísmo” y se condenaba al “revisionismo de Moscú”, y también fui, de diversas maneras, participé de las pugnas y las diferencias entre los partidos y agrupamientos de izquierda sobre el dilema de “reforma o revolución”. En esos años-los 70s y principios de los 80s-las izquierdas se encontraban profundamente fragmentadas en decenas de vertientes: Los comunistas del PCM, los comunistas marxistas-leninistas-pensamiento Mao Tse Tung, los comunistas de la UIC, los de línea proletaria, los socialistas del PPS, del PSR, del PPM, del PST-en donde inicié mi militancia partidista- del PPR, de los trotskistas en sus varias tendencias, los del PMT, los del MAP, los católicos agrupados en torno a la teología de la liberación, los espartaquistas, etcétera, etcétera, etcétera.

Son varios los historiadores y politólogos que han dado cuenta, de manera acuciosa, de esa realidad de dispersión y de profundo e intenso debate sobre los programas y las líneas políticas que debían seguirse en México para alcanzar el socialismo. Pero un hecho es cierto: el dilema entre “Reforma y Revolución” se resolvió, por varios de estos agrupamientos, por la vía de la Reforma y la izquierda se decidió a aprovechar la tímida apertura del régimen y a participar en la lucha electoral. En 1979 entraron a la Cámara de Diputados los comunistas del PCM y otros agrupamientos y militantes que apenas unos años antes se encontraban en la cárcel o en la clandestinidad.

La participación en la lucha electoral fue un factor y un aliciente para dar origen al gran esfuerzo, el primero de esa época, de unidad de la izquierda y que culminó en la formación del Partido Socialista Unificado de México. Este acontecimiento hay que resaltarlo, debido a que se convierte en un importante esfuerzo unitario que, de manera sobresaliente, se reconoció

en su pluralidad. El PSUM no agrupó, ni mucho menos, a todas las izquierdas, pero si a una parte importante de estas y fue, digamos, la primera etapa de un proceso unitario que, algunos años después dio origen al Partido de la Revolución Democrática.

La segunda etapa de ese proceso unitario lo fue la formación del Partido Mexicano Socialista que unificó a otra parte importante de esas izquierdas y que igual que sucedió con el PSUM, el PMS tuvo éxito en parte importante, debido a que la izquierda se reconocía no solo en función de sus diferencias, sino sobre todo en torno a sus coincidencias y dentro de estas, la principal lo era la necesidad de un cambio de régimen político y la lucha por la democratización de la vida social y política del País.

La vida de PMS fue corta, apenas un año y meses, pues cuando iniciaba su proceso de consolidación se presenta el importante acontecimiento de la formación dentro del PRI de la corriente democrática, que igual que la izquierda socialista se planteaba reformas importantes al sistema.

Por eso es que en 1987 y de manera especial en 1988 es cuando se presentan determinadas condiciones para que la izquierda mexicana lograra un salto cualitativo en la cristalización del Frente Democrático Nacional. Con la creación del FDN se generan posibilidades verdaderas para que la izquierda, en su amplia diversidad, dispute al PRI el poder político. Ustedes conocen del fraude electoral en contra del FDN y de Cuahutemos Cárdenas; conocen de la gran movilización social y política que propició y saben que esos acontecimientos acompañados de una correcta valoración política de los dirigentes de ese movimiento, en especial de CCS, dieron origen, en mayo de 1989, al Partido de la Revolución Democrática.

El PRD fue la cuarta etapa-PSUM, PMS, FDN-, de un largo e intenso proceso de unidad de las izquierdas mexicanas, que en términos generales ha rendido enormes e importantes resultados. Son ciertamente varios, pero ahora enunciare solo a tres de estos. El Primero lo es la demostración tangible de que la unidad de las izquierdas mexicanas es posible sobre la base de que se reconozca en su propia pluralidad y diversidad; es decir, que la unidad de las izquierdas es posible sin uniformarlas en el

pensamiento; que es posible que convivan orgánica y políticamente a pesar de sus claras y evidentes diferencias. Este hecho rompió con una tradición de fracturas sobre fracturas y terminó con una añeja y antidemocrática cultura de las izquierdas, la de buscar, casi todas, imponer una visión, un pensamiento, una línea, un dogma.

El segundo de los logros del PRD es que sacó a la izquierda del testimonialismo, del marginalismo y del oposicionismo. El PRD, como expresión avanzada de la unidad de las izquierdas, se convirtió, en poco tiempo, en verdadera alternativa de poder frente al viejo régimen y frente a la derecha.

Y el tercero, y quizás el más importante, es que las izquierdas agrupadas en el PRD contribuyeron, como nadie, a un proceso de transición hacia la democracia en México. Pero además lo hicieron impulsando una serie de reformas políticas y electorales que cambiaron sustantivamente la vida del País. El PRD demostró que es posible avanzar transitando por la vía de las reformas.

Estos logros tienen un común denominador; el PRD logró que la izquierda incluyera a la democracia como elemento sustantivo de su programa y como factor influyente de su propio funcionamiento.

Es cierto que ese proceso de reformas se ha estancado y hasta es posible afirmar que se ha sufrido, por el País, un retroceso y una regresión, pero asumiendo que así es, el mérito y los esfuerzos del PRD para contribuir a la transformación política del País son incuestionables.

Esto es necesario mencionarlo, debido a que la memoria es flaca y los malos resultados electorales recientes, junto a errores y evidentes deficiencias, no deben hacer olvidar los importantes aportes del PRD, como expresión más desarrollada, de la izquierda mexicana.

Tampoco debiera olvidarse el extenso memorial de agresiones y ataques que desde es poder ha recibido el PRD los cuales han costado, sin que suene a recurso retórico, represión y muerte para muchos de sus militantes; el PRD ha pagado una importantísima cuota de de agresiones dentro de las

cuales tenemos que incluir, no por que sean las únicas, los fraudes electorales de 1988 y de 2006.

Creo, sin embargo, que a pesar del estancamiento en nuestro proceso de cambio político y ante el hecho de peligrosas regresiones la izquierda en general y el PRD en lo particular tiene que mantener un claro compromiso con los valores democráticos y con la convicción de que la transformación del País solo es posible a través de retomar el rumbo de las reformas democráticas mediante la lucha pacífica y legal.

Esto es importante mencionarlo por que creo firmemente de que muchos de nuestros problemas actuales, los mismos que han contribuido a nuestra pérdida de influencia política y a nuestra actual debilidad electoral se deben a que, a 20 años de existencia, estamos alejándonos de esos principios de tolerancia democrática que nos dieron origen; El PRD tiene indudablemente una genética de pluralidad, de diversidad y de tolerancia democrática a las diferencias que han acompañado a la izquierda durante toda su historia, y lo pernicioso es que esa genética se ha pretendido suplantar, para regresar al pasado, al pensamiento único, a la intolerancia al que piensa diferente, al dogma, al culto a la personalidad, a la pretendida verdad única e indiscutible.

El Partido en donde cabían todas las izquierdas y que daba un ejemplo de convivencia civilizada ha querido ser suplantado por un conglomerado de fieles; el partido heterodoxo, audaz, innovador ha querido ser suplantado por la aglomeración ceñida a la ortodoxia del viejo socialismo antidemocrático o a la ortodoxia del igualmente anacrónico nacionalismo revolucionario.

Ese es nuestro actual dilema: a 20 años de existencia, o continuamos con la convicción de construir un partido de instituciones democráticas o regresamos al partido de las personalidades, de las individualidades.

Esta es una de las definiciones principales que tiene que resolver el próximo Congreso del PRD que con justeza hemos calificado de refundacional, precisamente por que se trata de recuperar los principios democráticos y transformadores que le dieron origen.

Nos hemos debilitado y aunque continúan los intentos de eliminarnos de la vida política nacional para construir un sistema de bipartidismo conservador, tenemos que reconocer que hemos cometido errores graves y que padecemos de deficiencias claramente de carácter estructural. Evidentemente debemos admitir que nuestras actuales debilidades no son solo responsabilidad de nuestros contrincantes o como acostumbramos a decir solo causa de la manipulación mediática de la derecha. Tenemos que asumir que responsabilidades propias han pesado de forma significativa para perder autoridad moral y política frente a la sociedad.

En el tema de nuestras responsabilidades quisiera subrayar el asunto de que el PRD ha venido experimentando -padeciendo diría yo- un grave deterioro en la concepción ética de nuestro quehacer político. En diversas instancias nacionales y estatales, en muchos cuadros dirigentes y en no pocos militantes se ha olvidado aquellos principios éticos que nos dieron causa y origen y en su momento enorme legitimidad ante la población.

Ahora, por el contrario, desde varias instancias y desde muchos compañeros, se ve al partido como un mero espacio para satisfacer intereses personalísimos y mezquinos, como un espacio para alcanzar posiciones de decisión que satisfagan exclusivos intereses particulares o de grupo; intereses, todos éstos, muy alejados de aquellos, los esencialmente colectivos y generales que le dieron, primordialmente, razón de existencia al PRD.

Ahora, muchos afiliados están viendo al PRD como una mera franquicia que se puede alquilar y en algunos casos comprar para, como franquiciarios o como socios de una sociedad mercantil, obtener posiciones que les reditúen sólo beneficios o "rentabilidad individual". Muchos de nuestros afiliados están viendo al PRD como "oportunidad" para obtener "un empleo" que será económicamente muy redituable, y desde luego, los hay, compañeros que ven al partido con una visión patrimonialista: Éste es, dicen algunos, el partido de su propiedad, el "territorio" o el espacio político en el que sólo ellos deciden, y los hay aquellos que como encomenderos ubican a militantes como "su gente", y desde luego, todo esto al margen de cualquier consideración elementalmente ética y democrática.

Se ha venido olvidando la concepción originaria de que el PRD es un instrumento del pueblo mexicano para la transformación del país y para la construcción de un México de democracia y de justicia. Este olvido está provocando un grave deterioro en nuestra práctica política y es el fenómeno más perjudicial al partido y el que más pronto requiere de respuestas radicales y profundas. En los sondeos o estudios de opinión que últimamente se han realizado, la gente tiene la percepción de que el PRD es un partido corrupto y esa percepción ha superado, incluso, a la percepción que sobre ese mismo tema tiene la gente sobre el PRI.

En esta percepción negativa sobre el PRD ha influido el comportamiento de no pocos de nuestros gobiernos en todos los niveles, pero especialmente en el municipal. En varios de nuestros gobiernos se llevan a la práctica acciones que, desde el punto de vista programático y sobre todo ético, se asemejan a los gobiernos panistas o priistas; las mismas viejas prácticas, las mismas costumbres y una inercia que arrastra a muchos de los gobernantes emanados del Partido de la Revolución Democrática. Por eso, entre otras causas, el PRD es el partido que más acusa el hecho, de que habiendo ganado una elección y habiendo asumido el gobierno, lo pierde en los comicios siguientes.

Igualmente desde hace tiempo cargamos con una deformación en nuestros principios organizacionales, plenamente manifiesta en nuestra vida diaria y en lo que un compañero llama: “la inexistencia real de normatividad interna”.

Existen normas, expresadas en nuestros documentos básicos, en el Estatuto, pero esas normas escritas son inexistentes en nuestra práctica diaria y en nuestra convivencia cotidiana. Lo que se pensó como una estructura organizativa que se recreara y enriqueciera en prácticas democráticas, en decisiones colectivas y representativas, en métodos incluyentes, se ha derivado en comportamientos aberrantes. Señalaré dos especialmente: Por un lado, las actitudes individualistas, autoritarias y caudillistas y, por el otro, comportamientos grupusculares pero igualmente excluyentes y sectarios. O una u otra, pero ambas deformaciones, evidentemente dañinas han obstruido el funcionamiento democrático de las instancias formales e institucionales.

El PRD nació como antítesis del presidencialismo y al caudillismo que asfixió durante décadas al país, y nos presentamos ante la sociedad mexicana como un partido que combatiría, con una democracia representativa y de equilibrios, este mal de la nación. Al paso de los años el nefasto presidencialismo que combatíamos creció, se reprodujo a nivel nacional, estatal y municipal, en nuestra propia organización.

A nuestro peculiar presidencialismo nativo se le pretendió contrarrestar y equilibrar con formas nuevas de integración de los órganos dirigentes como lo fue la representación proporcional y la institucionalización, la legalización de las corrientes como expresión de nuestra pluralidad y como vía para la materialización de la representación proporcional. Al paso de los años, tenemos que reconocer que si bien el propósito era impecable, en la práctica las corrientes derivaron en grupos de presión, en grupos clientelares y en espacios en donde se obtienen canonjías y hasta protecciones. El caudillismo, los maximatos y las formas de gobierno unipersonales se han agotado para el país y, desde luego, para el propio partido; hoy son un lastre, como lastre son los grupos sectarios en que se transformaron, se deformaron, las corrientes. Estas distorsiones de nuestra teoría de organización deben ser superadas por una nueva forma de gobierno, de conducción del partido y de convivencia militante en el PRD.

La respuesta no es fácil de encontrar, pero lo que es indudable es que no hay posibilidad de continuar con el *status quo* actual; o el PRD cambia o continuaremos en el deterioro de nuestra organicidad y de nuestra coexistencia. Requerimos de actualizar y de hacer funcional nuestra norma general de organización; hacerlo a partir de reconocer las experiencias, de localizar las fallas y, sobre todo, a partir de asumir la necesidad de combatir esas concepciones y prácticas que son antítesis de la democracia; es decir, combatir el individualismo, el personalismo, el caudillismo, el grupismo, en fin, el sectarismo.

Desde hace tiempo venimos actuando, por decirlo de alguna manera, con un comportamiento esquizoide, dos o más visiones sobre la estrategia y sobre nuestro accionar político, visiones que no sólo son diferentes sino que se encuentran permanentemente enfrentadas. Por ejemplo, a la

campana electoral más reciente, los perredistas fuimos con dos líneas, con dos estrategias, con dos visiones y para algunos compañeros hasta con dos o más partidos. No sujetar a tratamiento este comportamiento nos puede llevar, como frecuentemente sucede en estos casos, al suicidio. Debemos, ahora mismo, emprender un tratamiento y encontrar una solución.

Pienso, además, que en el orden de lo estructural también arrastramos un grave atraso en nuestra actualización programática. Un partido, reitero esa convicción, es esencialmente un programa, una propuesta integral que contiene alternativas viables y posibles para atender y resolver los graves problemas del país, éstos que ahora son factor de ingobernabilidad, de inestabilidad y, sobre todo, de una terrible desigualdad social y económica que lacera el ser nacional. Hay que actualizar nuestro programa desdogmatizándolo, saliéndonos de la ortodoxia, encontrando soluciones prácticas que posibiliten que todos podamos ejercer todos los derechos, los existentes y los nuevos que hay que incorporar a nuestra plataforma. Hay nuevas realidades que requieren de nuevas respuestas, hay desafíos que nos impone la actual situación del país que necesitan de soluciones nuevas y contemporáneas. La actualización de nuestro programa debe atender a la necesidad de un partido con soluciones a esa problemática; es decir, que nuestra propuesta sea viable, posible, mejor que aquella que presentan nuestros contrincantes políticos.

Habrà, con seguridad, diversas apreciaciones sobre las posibles soluciones a esta compleja situación, pero lo que resulta indubitable es que ya no es posible continuar así; se requiere de una respuesta inmediata que debe darse en la oportunidad de nuestra actual crisis y que debiera pensarse desde una elemental civilidad democrática. Éste es uno de los desafíos del Congreso próximo del partido.

Debemos evitar caer en salidas que enfocan la problemática política sólo desde la estrecha perspectiva de nuestras diferencias internas, pero que se olvidan de lo fundamental, es decir, de los grandes problemas de México. Le significará poco al país si nos extraviamos en las cavernas de nuestras entrañas y tomamos decisiones sin contemplar el escenario

nacional y cómo afecta éste al ejercicio de los derechos de las mexicanas y los mexicanos.

Es necesario, en consecuencia, considerar en nuestro análisis la nueva situación política y la modificación de la correlación de las fuerzas después del 5 de julio. Observémoslo, este nuevo escenario político a partir de los números en la Cámara de Diputados, pero además desde la visión más amplia de un grave escenario económico, sin precedente desde hace 75 años.

La derecha panista, con la gran derrota electoral a cuestas, no tiene ahora condiciones, ni candidato a la vista para impedirlo y parecería que la alternancia en la Presidencia, como el único resultado tangible de la transición, duró apenas nueve años, y con el enorme riesgo, que todos observamos, de que dicha transición se convierta en una vuelta al pasado, en un regreso hacia el viejo sistema del hegemonismo priista, reafirmado en sus peores vicios.

Más que retroceso, una regresión al sistema de los jefes políticos del porfirismo, a esa especie del neofeudalismo callista, en donde los gobernadores -cada uno de ellos un Maximino- se convierten en el cimero de un posible nuevo poder más autoritario y antidemocrático. Basta ver los casos de Ulises Beltrán en Oaxaca, Fidel Herrera en Veracruz, de Bours en Sonora, del gobernador en Coahuila, el de Puebla, etc.

Esta forma de neofeudalismo fue construida como una estrategia político-electoral para construir poderes casi omnímodos que se constituyeran como contrapeso y como equilibrio frente al poder presidencial panista. Al perder las elecciones presidenciales del 2000, los representantes del priismo más corporativo se refugiaron en las trincheras de sus gubernaturas y desde éstas y con las peores prácticas autoritarias, con ilimitados recursos económicos, con la utilización de los programas sociales y con la suma de otros poderes fácticos, como el de las televisoras, reconstruyeron una base territorial que les permitió alcanzar un importante triunfo en las pasadas elecciones de julio.

El fortalecimiento del priismo, desde luego, no significa un cambio que mejore la situación del país y menos posibilitará un cambio sustantivo en

el modelo económico y en el régimen político. En este modelo, las diferencias entre los panistas y el sector hegemónico en el Revolucionario Institucional son de matiz y esencialmente comparten la visión neoliberal y autoritaria. Los nacionalistas revolucionarios, los pocos que quedan en el PRI, se encuentran avasallados y sus posibilidades de influir desde dentro son francamente limitadas, si no es que nulas, y podrán hacer poco para modificar la preponderancia de los neoconservadores que detentan casi todas sus gubernaturas y algunas de las posiciones más importantes en la cúpula dirigente.

Esta es, en su conjunto, una situación difícil y se hizo posible, reconozcámoslo, en la medida en que la izquierda y el PRD no pudimos, no supimos, presentarnos ante los electores como alternativa verdadera de cambio. Nuestras fallas estructurales, nuestros errores estratégicos, algunos cometidos posteriormente a la elección presidencial, nuestra proclividad a la división y nuestras deficiencias en la coyuntura, nos hicieron pagar el costo de una baja en nuestra presencia política y una sensible reducción de nuestra influencia electoral.

Una crisis económica sin precedentes en la historia contemporánea; una agudización de la desigualdad social; un deterioro generalizado en las condiciones de vida de la población; una creciente presencia de poderes fácticos, especialmente los de la delincuencia organizada; una manifiesta debilidad del gobierno y del PAN; un fortalecimiento del PRI con el enorme riesgo de la regresión y por último, la ausencia del PRD como alternativa viable de gobierno son los elementos principales que conforman la delicada y peligrosa situación del país.

Ante ello, son pocas las variables que la pueden modificar y dentro de éstas, se encuentra la de la conformación de un polo de izquierda que, aglutinando a todas sus expresiones, pueda presentarse en las próximas elecciones como alternativa frente al panismo debilitado, pero aún vigente, y ante el resurgimiento del PRI.

En realidad, ésta es la única posibilidad y hacia allá debería el PRD orientar sus esfuerzos. La izquierda dividida ya evidenció su fragilidad y la enseñanza es tan contundente que no debiéramos insistir en dividirla aún

más. Pero si es cierto que nuestra división nos debilita, más cierto lo es que la unidad de la izquierda es la que ha hecho posible los momentos y las etapas más fructíferas. En la unidad más amplia de las izquierdas se encuentra, como ya se ha demostrado y lo he mencionado anteriormente, la clave de nuestro desarrollo. La unidad que cristaliza en el PSUM, la que da sentido al PMS, la que se materializa en el Frente Democrático Nacional y la que da origen al PRD es la que permitió nuestro histórico crecimiento. Hoy nos encontramos, en el marco de una crisis severa y en la necesidad de avanzar hacia la quinta etapa de la unidad más amplia de la izquierda o ante el riesgo de nuestro mayor debilitamiento. No debiera, en esta disyuntiva, existir duda sobre cuál es el camino a recorrer. Sin duda alguna debe de ser el de la unidad.

Resuelta por elemental aprendizaje la disyuntiva, surge la gran pregunta a la que debemos darle inmediata respuesta: ¿Cómo avanzar hacia la más amplia unidad de las izquierdas si ahora no logramos alcanzarla en el PRD; cómo hacer posible la conformación de un gran bloque de fuerzas progresistas, democráticas y de izquierda capaz de presentarse como alternativa frente a la derecha panista y priista, sin pasar por alto las evidentes diferencias que en el PRD tenemos en la estrategia y en el quehacer político?

La respuesta no es fácil, pero necesariamente pasa por la reforma refundacional del PRD; obligadamente transita por la recuperación de los principios que nos dieron origen, por la construcción de una estructura organizacional que no sólo reconozca nuestra diversidad, sino que se recree en ella; que a partir de esa diversidad se encuentren las nuevas formas de convivencia democrática, tolerante y civilizada. La respuesta pasa, como condición, por la actualización de nuestra propuesta frente a la crisis económica, frente al crecimiento de la desigualdad, frente a la creciente ingobernabilidad y frente a las exigencias del cumplimiento de los derechos para todas y todos. Insisto: La reforma del partido no es opción, es una indubitable necesidad que todos, o la gran mayoría de los perredistas debiéramos satisfacer.

La reforma del partido es el paso primero para continuar, con autoridad y consistencia, hacia la nueva etapa de la unidad más amplia de las fuerzas

de izquierda democrática y progresista, en donde tengan espacio todas las expresiones y manifestaciones de la izquierda; sin exclusiones sectarias y dogmáticas. Un frente sostenido en un programa básico de transformación del país y con una enorme flexibilidad en su integración y funcionamiento. Un frente político y electoral que agrupe a los diversos registros partidarios, pero que especialmente se extienda hacia todas las organizaciones civiles y sociales que con nosotros comparten la necesidad de la transformación de México; un frente que no permita vanguardismos ni exclusivismos, que no imponga a nadie métodos organizativos; un frente, que en una unidad programática básica aliente la diversidad política y organizativa, que respete las diferencias y que privilegie básicamente una estratégica identidad programática y la necesidad de que la izquierda se repositone y genere las condiciones para obtener triunfos en las próximas elecciones locales y federales del 2012, pero que, sobre todo, influya decididamente en la transformación del país a favor de la democracia, la justicia y la igualdad.

La transformación progresista del país no podrá ser tarea sólo del PRD, menos aún lo podrá ser de una parte del PRD; lo podrá ser de la amplia gama de las izquierdas y de las formaciones democráticas; lo podrá ser del universo de las y los mexicanos que militando o no en el PRD o en cualquier otro partido compartan la necesidad de agruparse en la libertad y en la democracia y, asentado todo ello en un programa, en una propuesta nueva y diferente a la del PAN y a la del PRI, en una propuesta de cambio pacífico y de profundas transformaciones a la vida política y económica del país.

Por lo tanto mal haríamos en insistir en soluciones internistas, en intentar pensar al PRD como algo ajeno al conjunto del país. Estamos en presencia de una crisis económica y política sin precedentes en la historia reciente de México, de hecho desde 1932 no se había presentado una caída tan significativa del Producto Interno Bruto. Se han perdido en los últimos meses más de 700 mil empleos, sólo de los registrados ante el IMSS, y la demanda anual de nuevos empleos supera los 500 mil. Las remesas provenientes del extranjero, los ingresos petroleros, los recursos tributarios, las exportaciones y la inversión

extranjera están en franco retroceso. Cada día mas millones de mexicanos son excluidos del mínimo indispensable para poder subsistir, cada día nuestra población se sigue empobreciendo.

Junto a la gravísima crisis económica el panorama se vuelve mas sombrío con la creciente escalada de violencia que envuelve a todo el país y hoy resulta paradójico que las figuras del viejo régimen triunfen electoralmente, que el club de gobernadores se imponga e imponga la restauración de lo viejo.

El PRD se encuentra en un momento crucial de su trayectoria. Y de la manera en que resuelva su crisis dependerá que pueda seguir siendo considerado un proyecto histórico de la izquierda mexicana, y un medio para la transformación de una realidad injusta y oprobiosa, o se perfile de plano sólo como un instrumento más del conjunto de agrupamientos partidarios funcionales al régimen político mexicano. El PRD no necesariamente va a desaparecer, pero sino corregimos radicalmente su funcionamiento, su organización, sus estatutos, recuperamos sus principios y objetivos y desechamos la cultura de la permisividad y el pragmatismo galopante, se transformará, ya sin remedio, tan sólo en un instrumento para la consecución de poder, de posiciones y de dinero.

Ineludiblemente tenemos que ir hacia la refundación del PRD, seguramente este será un proceso complejo; no es, ni puede ser el simple acuerdo de convivencia de los dirigentes de las actuales cúpulas o corrientes; debemos pensarlo precisamente como un proceso que involucre al conjunto del partido, pero también al resto de las izquierdas y otros grupos progresistas y democráticos.

Es momento de reflexionar a fondo posibles alternativas, pero en todo caso, solo si somos capaces de construir sin sectarismo alguno un amplio bloque histórico progresista estaremos en posibilidad de disputar el poder para cambiar el rumbo a México.

Veamos esta crisis del PRD como una enorme oportunidad, y recordemos lo que decía Einstein “La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. Es en la crisis que nace la inventiva,

los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar "*superado*".